

6. Pastores y trashumancia, hoy

En la trashumancia no sólo intervienen variables cuantificables, como el número de reses, la superficie de los pastos, la distancia entre los agostaderos e invernaderos o el precio de las hierbas y de los corderos. Hay también unas variables cualitativas, de índole cultural y social - como la forma de vida del pastor, el despoblamiento, el envejecimiento de la población, o la consideración social de la trashumancia -, que en gran parte explican la situación en que actualmente se desenvuelve esta práctica. De las condiciones de vida del pastor en la montaña, de su propia visión de la trashumancia, y de algunos de los problemas de esta actividad trataremos en las páginas siguientes, partiendo de la información recogida en las entrevistas realizadas a pastores y ganaderos que practican la trashumancia en el Pirineo.

6.1. LOS PASTORES

6.1.1 La vida y el trabajo del pastor

Las características de la vida pastoril que más se han destacado han sido la soledad y el aislamiento. El pastor ha sido descrito muchas veces como un ser solitario, de pocas palabras, enamorado de su trabajo e idealizado como un hombre simple y puro. La percepción de esa soledad (o marginalidad) continua siendo un elemento fundamental para comprender la crisis de la trashumancia en el Pirineo catalán. Ciertamente, las condiciones materiales de vida han mejorado en algunos casos (refugios generalmente aceptables, sistemas de comunicación a través de radioemisores portátiles, emisoras de radio, uso de pequeños televisores que funcionan con baterías o con energía solar), pero la mayoría de los pastores siguen quejándose tanto de las malas condiciones de las cabañas (conservación deficiente, falta de electricidad, reducido tamaño) como de las condiciones de aislamiento en que viven, a veces difícil de imaginar. La cita que sigue, narrada por un joven pastor, sugiere la dureza de este trabajo:

«Una vez, mientras estaba en Senet, me cogió un ataque de riñón, allá arriba, en la misma cima de la montaña. Pues mira ... arrastrándome y rabiando porque el dolor de riñón es de rabiarse, ¡eh!. Pues todo el día... Cuando me cogió [el ataque], solté el rebaño cara abajo, y yo arrastrándome por allá, por el suelo ... Hasta la noche no llegué abajo, al pueblo, rabiando ... rabiando como un perro»

Todo ello permite entender muchos de los cambios que se han introducido en la forma de practicar la trashumancia en la actualidad. A pesar de las mayores posibilidades de desplazamiento, muchos pastores siguen destacando la gran cantidad de horas y días que pasan solos como la parte más dura de su trabajo:

«Y después, todo el día sólo por estos picos, todo el día sólo (...), pues normalmente no ves a nadie. Ya te digo ... esta soledad es muy bonita para la gente esta que lo hace por gusto, pero el que tiene que estar sólo, todo el día, y cada día, cada día ... ¡se hace muy largo un verano así aquí en la montaña, eh!»

«Ahora yo tengo treinta y dos años, y estoy casado, tengo un hijo de tres años. Ahora mismo igual estoy tres meses sin ver ni al crío ni a la mujer. ¿Tu crees que esto puede pagarse con dinero?»

Para sobrellevar este estado, las personas que ejercen como pastores practican diversas estrategias domésticas. Como ya hemos dicho, la soltería ha sido frecuente entre los pastores, y muchas veces han sido los mozos (procedentes de una casa distinta a la de residencia, y sin familia propia) o bien los hermanos solteros del hereu, quienes realizan este trabajo. Como nos decían en una entrevista, «un pastor que se dedique a esta vida no puede aguantar a ninguna mujer, ni ninguna mujer puede aguantar a ningún pastor». Es frecuente, en este sentido, que la actividad trashumante se abandone al contraer matrimonio, ya sea cambiando de actividad económica o bien estabulando el rebaño:

«Quien se casa, cambia de vida. No puede estar con las ovejas cada día, sábados y domingos, no puede dedicarse a la familia ni a los hijos, por lo que entonces busca otro tipo de jornal aunque gane menos. Pero si se tienen los sábados y los domingos para la familia, pues eso es lo que se quiere.»

Este hecho, el de estar siempre trabajando sin tener fiestas ni disponer de horas libres, es destacado como otro de los aspectos más negativos por muchos de los pastores, por ser un trabajo continuo, obligatorio, sin horario. Aunque en general los pastores valoran altamente su trabajo, se sienten poco recompensados:

«A la gente le parece que esto de pastor gana mucho dinero. Y si cuentas las horas ... Porque aquí mismo nosotros trabajamos las veinticuatro horas. Aquí mismo, en la cabaña en que ahora estamos, si allá por las tres o las cuatro de la madrugada cae una tempestad muy fuerte, nos hemos de levantar igualmente»

«El trabajo de pastor... Pues, hay días de todo. Lo que si es muy aburrida, y muy obligada, fiesta y faena, Navidad y Año Nuevo (...) Por eso las ovejas se irán a pique, porque ya no hay pastores. Todo dios tiene vacaciones y nosotros no tenemos ni un día libre»

Algunos de los pastores y ganaderos que continúan practicando la trashumancia han introducido cambios en esta actividad, intentando compatibilizar el trabajo en la montaña y la vida familiar. Por ello, algunos han cambiado la montaña a la que acudían habitualmente por otra más próxima y accesible a su lugar de residencia. Este es el caso, por ejemplo, del puerto del Cantó (Alt Urgell), donde, aprovechando el despoblamiento de esta zona, algunos pastores llevan sus rebaños cerca de pueblos abandonados, en cuyas casas fijan la estancia estival, junto con su familia:

«No es igual dormir aquí como ahora, y cenar aquí con ellas (su mujer y sus hijas), y dormir en la cama, como dormir allá arriba en una cabaña de aquellas, y no ver a la familia durante tres meses. Por esto, yo vengo a este pueblo, si no no estaría aquí»

En este sentido, cada vez encontramos más pastores que bajan a dormir a un pueblo cercano - lo que permite una continuidad de la vida familiar y la mejora de las condiciones de vida - y por la mañana suben de nuevo a la montaña. La falta de mano de obra y la reducción de la cabaña ganadera configuran un sistema de explotación menos vigilado. Hay casos como el de unos pastores franceses que acuden al Val d'Aran con toda su familia y con una auto-caravana bien equipada.

Pero todos estos cambios no ayudan más que a paliar algo las condiciones de vida a que deben enfrentarse los pastores en la montaña. Algunos piensan, incluso, que estas condiciones han empeorado por el hecho de que el número de pastores por rebaño se ha reducido:

«No es como el trabajo de antes. Lo que antes tenían que guardar dos pastores ahora lo hacemos todo uno sólo, y de ovejas al cementerio van muchas, y de ovejas que no tendrían que morir y se mueren, es decir que es un trabajo que campa el que pueda y endavant con las hachas y ya está: ¡mal trabajo!»

Las descripciones de autores COMO VILARRASSA (1935) o JOAN LLUÍS (1964) indican que, hace sesenta o setenta años, en los grandes rebaños existía un grupo jerarquizado de cinco o seis pastores, desde el majoral al rabadá, mientras que actualmente para rebaños de tamaño similar no hay sino uno o dos pastores. Así, en el Pla de l'Anyella (Ripollès), un único pastor atiende a 3.000 ovejas, sólo ayudado ocasionalmente por su hijo. El recuento del rebaño cada mañana, la suelta, el control y su devolución a la pleta constituyen una actividad diaria bastante dura para uno o dos pastores. Además, el deterioro de la infraestructura trashumante incide negativamente en el trabajo, como hemos descrito en el capítulo anterior: la falta de cabañas, la mala conservación de las cañadas o los ataques de los perros salvajes son, por poner algunos ejemplos, elementos que repercuten negativamente en el manejo del ganado, y en los intentos por conseguir una trashumancia menos controlada y con menor demanda laboral.

Los datos de la Cerdanya, en este sentido, revelan la escasa mano de obra utilizada hoy día para el manejo del ganado. En las veintiocho zonas de pastos estudiadas en esta comarca, hemos detectado la presencia de 24 personas dedicadas a este menester: 10 vaqueros para el cuidado de vacas y caballos, y 14 pastores para el de ovejas y cabras. En el caso del ganado bovino sólo encontramos vaqueros en diez de las 24 zonas donde agosta esta cabaña, y siempre se trata de una sola persona por pastizal. Algo similar ocurre en el caso del equino. En ambos casos, no existe ninguna relación evidente entre el número de rebaños pastando y su tamaño con la presencia o no de vaquero, aunque puede decirse que por término medio un vaquero se ocupa de 8.6 vacadas y 6.9 yegudas. En el caso de los ovinos y caprinos, por el contrario, hay presencia de pastores en la casi totalidad de las zonas de pasto, salvedad hecha de un caso en el que no existe ninguna persona al cuidado de los animales, si bien de un pequeño rebaño con tan sólo 50 cabezas. En cuatro localizaciones más de un pastor se ocupa de uno o varios rebaños al mismo tiempo, exactamente un promedio de 1,4 pastores por pastizal. En este sentido, puede deducirse que los pastores de ovejas acompañan diariamente a los rebaños, mientras que los vaqueros acostumbran simplemente a encarrilar sus vacadas y yegudas hasta los lugares de pastoreo, dejándolos posteriormente en libertad.

Aunque hay notables diferencias en cuanto a la actividad diaria de los pastores, encontramos dos grandes grupos: los que duermen en algún pueblo y sólo suben junto a su rebaño durante el día, y los que viven día y noche junto al rebaño en los pastos. Los primeros son, generalmente, los pastores que realizan trashumancia altitudinal dentro de su comarca, pero también hay bastantes pastores procedentes del llano que residen durante el verano en pueblos próximos a los pastos. La estancia puede realizarse en casa de unos familiares, en casas particulares de otros ganaderos, e incluso encontramos casos en que alquilan un apartamento en la cota alta de las estaciones de esquí próximas a las zonas de pasto. Diariamente, estos pastores se desplazan en automóvil hasta la zona donde se encuentra el rebaño. Algunos incluso regresan al mediodía a la casa para almorzar, de donde volverán por la tarde para vigilar de nuevo el ganado, hasta que anochece y el rebaño vuelve a quedar parado o encerrado en su pleta.

El segundo grupo de pastores son los que fijan su residencia junto al rebaño, en cabañas o refugios de alta montaña. Tras el desayuno (abundante, antes de empezar la actividad), hacia las 10 o 11 de la mañana sueltan el ganado, o incluso más tarde en algunos prados de calidad. Cuando viven cerca del pueblo, antes de desayunar acuden a comprar la comida del día, mientras que otros la reciben del ganadero que les ha contratado o del propietario del monte una vez o más por semana. Se llevan comida fría para el almuerzo (pan, embutidos). La descripción de un pastor es ilustrativo:

«Por la mañana, las curamos nos preparamos el almuerzo [se llevan embutidos, pan y frutos secos], y soltamos [el rebaño] a las diez. Y todo el día por estos picos [...] De vez en cuando, tratas de sentarte ... si no, cuando llegas a la noche no te aguantas de pie. Las apletem aquí en el refugio y así al menos nos podemos preparar la cena o algo caliente para comer»

6.1.2. «Mas vale ser barrendero»

Muchos de los ganaderos entrevistados insisten en que seguramente trashumarían si encontrasen pastores adecuados. Y ello no es fácil. El pastor no es sólo un salario mensual, más o menos elevado, un simple coste de producción a contabilizar en los gastos de la explotación: muchos aspectos de la vida pastoril y su correlativa consideración social intervienen en el abandono de la actividad trashumante por parte de los más jóvenes.

Con frecuencia, la trashumancia es percibido hoy día como una actividad del pasado, e incluso muchos creen que ya no se practica. Y no faltan quienes tienen una imagen bucólica de esta profesión, pensando que los pastores cobran grandes cantidades por hacer un trabajo tranquilo y en contacto con la Naturaleza, cuando la realidad es muy distinta. En la actualidad, el pastor trashumante es en muchos casos el propio ganadero o un familiar directo, y pocas veces un asalariado. Un perfil de los pastores entrevistados muestra que la mayoría de ellos son personas mayores de cincuenta años, y en un buen porcentaje solteros. De los treinta y dos pastores con los que hemos conectado directamente sólo tres son menores de treinta años, tres más tienen entre treinta y cuarenta, y otros siete entre cuarenta y sesenta, mientras que los diecinueve restantes cuentan más de sesenta años. De todos ellos, catorce son solteros, tres viudos y quince están casados. Por otra parte, son pocos los que residen habitualmente en el mismo Pirineo catalán: la mayoría vive en zonas interiores de Cataluña y de Aragón e incluso hay uno que reside en Andalucía.

La mayoría de las explotaciones que continúan practicando la trashumancia lo hacen siguiendo la actividad tradicional de la familia, transmitida de padres a hijos. La crisis de la trashumancia y su minusvaloración social llevan con frecuencia a los pastores a preferir para sus hijos otros trabajos mejor valorados. Incluso muchos han hecho todo lo posible para que sus hijos no tuvieran interés alguno por el rebaño:

«las ovejas, como que era algo que para el futuro me parecía que no... , que era más bien algo de pobre que de nada más, y de sufrir mucho, pues a él [a su hijo], no lo dejé ir mucho con el ganado»

Como puede observarse a través de este testimonio, el abandono de la trashumancia no sólo puede explicarse a través de un análisis económico, sino también por los valores negativos asociados a la actividad pastoril, que hacen considerarla como «un trabajo de pobre». Otro pastor califica su trabajo como de esclavo, y llega a afirmar que prefiere otros como el de barrendero:

«Yo, si en lugar de ser mayor fuese joven ... me iba de barrendero, hombre. Gana más un barrendero en La Seu [d'Urgell] (...) que no yo haciendo horas y horas, domingos y días de Navidad y Año Nuevo, y siempre (...) él el sábado hace fiesta, por Navidad tiene sus vacaciones y lo tiene todo. Yo no tengo nunca ninguna

fiesta, yo aún no he hecho nunca ninguna fiesta»

La desvalorización de la profesión implica, lógicamente, que sean muy pocos los pastores de menos de treinta años. Hay muchas explotaciones que, aunque dirigidas por jóvenes, deben la continuidad de la trashumancia al trabajo de los padres o abuelos que ya no dirigen la explotación:

«Ahora, mira, lo tendré que dejar a corto o largo plazo, porque claro, mi abuelo ... ¿quien me las guardará?. Él me las guarda, y a él le va bien salir, y si un día hace mal tiempo, pues las encerramos. Pero claro, en la montaña ... »

«Los hijos aún quisieran tener ovejas, ;pero que las vaya a guardar yo! ¿Comprendes?. Sí, a los hijos ya les gustaría, ya, continuar con las ovejas, pero es el padre quien lo hace bien. Pero el padre ya tiene setenta y cinco años hechos, y yo también ya comienzo a estar harto de ovejas»

Aunque no tenemos datos generales sobre la remuneración de los pastores, los entrevistados nos indican que sus sueldos oscilan entre las 100.000 y las 150.000 ptas mensuales. En muchos casos, estas cantidades se complementan con el derecho a incorporar sus propias ovejas al rebaño, y con la comida y el alojamiento cuando pueden ir a dormir a un pueblo.

6.2. TRASHUMANCIA Y TURISMO: ¿DOS ACTIVIDADES INCOMPATIBLES?

En el primer capítulo de este Cuaderno señalábamos el cambio de orientación económica que ha experimentado el Pirineo catalán, desde ser la ganadería la principal actividad al predominio del turismo en la mayoría de las comarcas. La trashumancia de verano convive forzosamente con el objetivo principal del espacio pirenaico en la actualidad: ser un gran pulmón verde para los turistas. Aunque sea brevemente, y para finalizar este trabajo, indicaremos algunas cuestiones respecto a la complementariedad de ambas actividades, sus posibilidades y también los conflictos y problemas que se generan.

Tras un crecimiento descontrolado del turismo pirenaico, con un uso agresivo del espacio en algunas comarcas, en la actualidad parece apostarse por un uso más respetuoso con el patrimonio cultural y con el medio ambiente. Ello topa, sin embargo, con la necesidad de mantener un paisaje humanizado. Así, por ejemplo, la apuesta de Canillo (en Andorra) por un turismo con mayor contacto con la Naturaleza, ha conllevado el que un gran rebaño de 5.700 ovejas procedente de Almacelles (en el Segriá, cerca de Lleida) reciba facilidades para así «limpiar» las montañas y mantener un paisaje humanizado, como atractivo para hacer posible su explotación turística. En el mismo sentido, los rebaños trashumantes compatibilizan la explotación del medio con estaciones de esquí, aquéllos durante el verano y éstas durante el invierno, como es el caso del Plan de Beret (estación de Baqueira-Beret, Val d'Aran) o de La Molina (Ripollès), Port del Comte (Solsonés), Arinsal, Pal, Ordino-Arcalís (Andorra).

También existen iniciativas para que algunas vías pecuarias puedan convertirse en senderos de uso turístico. Así, por ejemplo, en la cabanyera de la Ribagorça (que conduce los rebaños procedentes de los llanos de Lleida y de Aragón hacia el Val d'Aran, Alta Ribagorça y Pallars Sobirà), los ayuntamientos de Benabarre y la comunidad de la Ribagorça Oriental, (Aragón) estudian la posibilidad de trazar y señalar itinerarios como rutas turísticas. Este desarrollo no sólo puede ayudar al crecimiento económico de estas comarcas, sino que en algunos casos puede beneficiar a los pastores al proporcionarles el acceso a nuevos servicios (refugios, alojamiento en casas de labranza, etc.) o complementar su actividad con alguna forma de artesanía o de elaboración de productos alimentarios. En algunos casos, no obstante, ciertas iniciativas pueden suponer una agresión al tránsito o al espacio ganadero. Así, una escuela automovilística leridana fomenta un turismo de aventura en vehículos «todoterreno» por caminos ganaderos de la provincia.

La coexistencia con el turismo provoca también problemas y tensiones cotidianas. Así, algunos pasos ganaderos han sido interceptados o vallados por la construcción de segundas residencias, lo que provoca no pocas discusiones y conflictos. En el mismo sentido, un ganadero de Salardú (Val d'Aran) nos comentaba amargamente cómo el paso de turistas por los caminos los estropeaba tanto que había tenido que dejar la actividad ganadera, ante la falta de reparación de estos caminos para desplazarse a los prados de montaña. Otros se quejan de la presencia de turistas en vehículos «todoterreno», como un pastor en Toses (Ripollès), cuyo ganado ha estado a punto de ser atropellado varias veces, u otro del Pla d'Anyella (Ripollès), quien asegura que con frecuencia las motocicletas y los «4x4» asustan al ganado o les estropean algún hilo eléctrico.

Algo bastante habitual son las quejas o problemas en pueblos turísticos ante la presencia de rebaños, por la suciedad o el olor. Incluso habitantes de los mismos pueblos, antes pastores o ganaderos y ahora dedicados al turismo, se quejan de ello:

«La gente prefieren más una flor en la plaza que no que pase una oveja o una vaca porque se caga allí, y la flor no caga, hace bonito(...) A mi me gustan todas las flores, me gusta que esta mesa sea limpia, pero ahora quizás pensamos demasiado en flores y en turismo [Antes] hacía pasar el ganado por la plaza para cambiarlo de montaña, pero ahora como que no quiero ni ruido ni gritos, lo hago bajar por un bosque, aunque a veces perdemos [alguna oveja] (...) Cómo voy a pasar por la plaza con ovejas si todo está lleno de florecillas y de hostias. Si a la mañana siguiente encuentran que ha pasado el rebaño, ¡hui!. Dirán: "El A. ya lo ha ensuciado todo". Ya no sé que hacer para que la gente no me diga nada»

Fig. 28. MARCAS DE GANADO EN LA CERDANYA. Fuente: Pere Miquel Pares.

Otro ejemplo de la interrelación entre la ganadería y el turismo es la proliferación de concursos y exhibiciones de gossos d'atura (perros pastores). En esta misma línea se observa una notable reconversión de las ferias ganaderas, ahora muchas veces asociadas a espectáculos y servicios turísticos. Así, por ejemplo, el día de San Juan, en Sort (Pallars Sobirà), se celebra conjuntamente una feria de productos artesanales y agroalimentarios y una xollada d'ovellas (esquilada de ovejas, con tijeras). En la feria de otoño de la misma población ocurre algo parecido; además del mercado de ganado se celebró en 1993 una exhibición de ferrar vaques, una muestra de herramientas para marcaje (enseñas, yertos) y una exposición de productos artesanos, lo que implica una notable reconversión de las ferias ganaderas. Esta recreación de la «tradición» supone una simplificación y creación de estereotipos sobre el carácter del pastor, que propagan un falso «tipismo», con frecuencia alejado de las características y problemas de la ganadería y de la trashumancia en la actualidad.

La diferente concepción del espacio pirenaico como una reserva ecológica o como una zona para la explotación y uso ganadero provoca a veces algunos conflictos, como el surgido entre grupos ecologistas y ganaderos en la Reserva de Caza del Boumort (Pallars Jussà), y del que se hizo eco la Prensa leridana en enero de 1994, titulándolo «la guerra de los rebaños». En esta área se autoriza el pastoreo de unas 1.500 ovejas y 20 ejemplares de bovino a lo largo de todo el año, que comparten el espacio (unas 13.000 Ha) con unos 500 ciervos. Un grupo ecologista (IPCENA) denunció que, además de la cabaña ganadera que paca con licencia, se practicaba el pastoreo ilegal con unas 100 vacas y otros 150 caballos, los cuales, según la organización ecologista, consumían los pastos de invierno y obligaban a los ciervos a buscar comida en los campos de cultivo limítrofes, provocando daños que han levantado cierta animadversión hacia la citada Reserva por parte de los habitantes de esas zonas. Por ello, los ecologistas solicitaban la limitación de las licencias de pastoreo a la temporada estival, tal y como se practicaba hasta la creación de la reiterada Reserva en 1991. Por su parte, los ganaderos y agricultores se quejaron de no poder aprovechar los pastos existentes en la Reserva, mientras que los ciervos bajan hasta los campos labrados y los destrozan - sobre todo en primavera, cuando en las zonas altas no hay pastos bajan a los cultivos más próximos -, recibiendo sus dueños indemnizaciones que calificaron de ridículas». Los ganaderos reivindicaron sus derechos históricos de pastoreo en Boumort y solicitaron una reclasificación de la Reserva Natural. El conflicto se intensificó en marzo del mismo año, cuando la policía autonómica y los agentes forestales confiscaron una yeguada de cien caballos que se encontraba en la Reserva desde el mes de noviembre, los cuales fueron trasladados a otra zona y devueltos al propietario previo pago de una indemnización. Esta polémica es una buena muestra de un conflicto de intereses entre dos formas de entender el espacio de montaña.